



## CAPÍTULO VII.

Escipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le dá muchas noticias.



**T**ORDESILLAS, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion, diciéndome:—Señor Gil Blas, acabo de hablar con un mozo que se ha presentado á la puerta de esta prision, preguntando si estaba vd. preso; y no habiéndole querido dar respuesta, me dijo llorando:—Noble alcaide, no desprecie vd. mi humilde súplica; dígame si el Señor Santillana está aquí. Soy su principal criado, y si me permite verle, hará en ello una obra de caridad. En Segovia está vd. tenido por un hidalgo compasivo, y así espero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á vd., que le he prometido darle á la noche este gusto.

Aseguré á Tordesillas que el mayor placer que podia darme era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Escipion, porque no dudaba fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la caída del dia se le dió entrada en la torre; y su gozo, que solamente podia igualarse con el mio, se mostró al verme con arrebatos extraordinarios. Yo, con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfaccion que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté á Escipion, en qué estado habia dejado mi casa.—Ya no tiene vd. casa, me respondió, y para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Vuestros muebles han sido saqueados, tanto por

los ministros como por los criados de vd., los cuales, mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado á cuenta de sus salarios cuanto han podido llevar. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos grandes talegos de doblones de á ocho que saqué del cofre, y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá cuando salgais de la torre, en donde no creo esteis mucho tiempo á espensas de S. M., pues habeis sido preso sin conocimiento del duque de Lerma.

Pregunté á Escipion de dónde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia.—¡Ah! ciertamente, me respondió, de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mio, confidente del duque de Uceda, me ha contado todas las particularidades de vuestra prision. Me ha dicho que, habiendo descubierto Calderon por medio de un criado que la Señora Sirena, usando de otro nombre, recibia de noche al príncipe de España, y que el conde de Lémos manejaba esta trama valiéndose del Señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su querida; para cuyo logro, dirigiéndose secretamente al duque de Uceda, se lo descubrió todo, y que alegre éste de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla, informando al rey de lo que habia sabido, y haciéndole presente con eficacia los peligros á que el príncipe se habia espuesto. Indignado S. M. de esta noticia, mandó poner en la casa de las Recogidas á Sirena, desterró al conde de Lémos, y condenó á Gil Blas á una prision perpétua. Vea vd. aquí, prosiguió Escipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve vd. que su desgracia es obra del duque de Uceda, ó mas bien de Don Rodrigo Calderon.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian componerse mis asuntos, y que el duque de Lerma, resentido del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la corte, y me lisongeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pérdida de mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía discurría del modo siguiente: los allegados del primer ministro son Don Fernando de Borja, el Padre Gerónimo de Florencia, y sobre todo Fray Luis de Aliaga, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el favor de estos poderosos amigos, S. E. destruirá á sus enemigos; ó por otra parte, el estado acaso mudará presto de semblante; S. M. está muy achacoso, y así que muera, la primera cosa que hará el príncipe su hijo será llamar al conde de Lémos, quien me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al monarca, el que, para com-

pensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado así con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos de doblones que mi secretario habia depositado en casa del platero, contribuyeron tanto como la esperanza para consolarme prontamente.

El celo é integridad de Escipion me habia agradado mucho, y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia salvado del pillage, lo que rehusó.—Espero de vd., me dijo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de sus palabras, como de que rehusára la oferta, le pregunté, qué podia hacer por él.—No nos separemos, me respondió; permita vd. que una mi fortuna con la suya: jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á vd.—Y yo, hijo mio, le dije, puedo asegurarte que no amas á un ingrato. Desde el punto en que te presentaste para servirme, gusté de tí; posible es que ambos háyamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis, que segun dicen son las dos constelaciones que unen á los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones; y para dar principio á ella, voy á pedir al señor alcaide te encierre conmigo en esta torre.—Eso es lo que quiero, exclamó: vd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio mas vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á adquirir noticias á la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda serle á vd. favorable; de modo que en mí tendrá vd. á un mismo tiempo un confidente, un correo y un espía.

Estas ventajas eran demasiado considerables para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo á un hombre tan útil con licencia del generoso alcaide, que no me quiso negar tan dulce consuelo.





## CAPÍTULO VIII.

Del primer viage que hizo Escipion á Madrid: cuál fué el motivo y écsito de él. Dále á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo.



UNQUE comunmente decimos, que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda en que cuando nos son fieles y afectos, son nuestros mejores amigos. La inclinacion que Escipion me habia manifestado me hacia mirarle como á mi misma persona. Así ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiendo y durmiendo juntos.

La conversacion de Escipion era muy divertida, y con razon se le podia haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era discreto, y me iba bien con sus consejos. Un dia le dije:—Amigo mio, me parece no seria malo que yo escribiese al duque de Lerma; esto no puede producir mal efecto. ¿Qué te parece á tí?—Ya estoy, respondió; pero los grandes se mudan tanto de un instante á otro, que no sé como recibirá vuestra carta. No obstante, soy de dictámen que no se pierde nada en que escribais, pero con maña. Aunque el ministro os estima, no fieis por eso en que se acordará de vos. Esta suerte de protectores fácilmente olvida á aquellos de quienes ya no oyen hablar.

—Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido de que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. A la cuenta espera para sacarme de la prision que se aplaque la cólera del rey.—Sea enhorabuena, respondió; yo me alegraré que el juicio que vd. hace de S. E. sea verdadero. Implore vd. su patrocinio por medio de una carta muy expresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia que á Escipion le pareció patético, y Tordesillas juzgó superior á las mismas homilias del arzobispo de Granada.

Yo me lisongeaba de que el duque de Lerma se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que no estaba, y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apenas llego á Madrid, cuando fué á casa del ministro. Encontró á uno de mis amigos ayuda de cámara, que le facilitó ocasion de hablar al duque, á quien dijo, presentándole el pliego que llevaba:—Señor, uno de los mas fieles criados de

V. E., el cual duerme sobre paja en un oscuro calabozo de la torre de Segovia, le suplica muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros. El ministro la abrió y leyó; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazon mas duro, lejos de mostrarse compadecido, levantó la voz, y dijo al correo delante de algunas personas que podian oirlo:—Amigo, diga vmd. á Santillana que es mucha osadía el recurrir á mí despues de la accion perversa que ha cometido, y por la cual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno que ya no debe contar con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rey.

Escipion sin embargo de su desahogo, se quedó turbado de oir hablar de esta suerte al ministro; pero á pesar de su turbacion no dejó de interceder por mí.—Señor, replicó; aquel pobre preso morirá de dolor cuando sepa la respuesta de V. E. El duque no respondió á mi intercesor sino mirándole de sobre ojo, y volviéndole la espalda. Así me trataba este ministro para disimular mejor la parte que habia tenido en la amorosa intriga del príncipe de España; y esto es lo que deben esperar todos los agentes inferiores de quienes se valen los grandes señores en sus secretos y peligrosos manejos.

Cuando mi secretario volvió á Segovia, y me contó el resultado de su comision, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque de Lerma. Decaí de ánimo, y por mas que me dijeron para consolarme, todo fué inútil; atormentáronme otra vez los pesares, de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor alcaide, que se interesaba en mi salud, creido de que para recobrarla era mejor llamar médicos, me trajo dos que tenian traza de ser unos celosos servidores de la diosa Libitina<sup>1</sup>.—Señor Gil Blas, me dijo al presentármelos, vea vd. aquí dos Hipócrates que vienen á visitarle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos doctores, que seguramente los habria recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella que agrededí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

—Caballero, me dijo uno de los médicos, es necesario ante todas cosas que vd. tenga confianza en nosotros.—La tengo muy grande, le respondí; pues estoy cierto de que con la asistencia de ustedes quedaré curado de todos mis males en pocos dias.—Sí, respondió, lo quedará vd. mediante Dios: y nosotros harémos á lo menos lo que esté de nuestra parte para ello.

<sup>1</sup> Diosa de los funerales.

En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que á ojos vistas me iban llevando á la sepultura. Desconfiando ya Don Andres de mi curacion, hizo venir un religioso de San Francisco para que me ayudase á bien morir. El buen Padre, despues de haber hecho su deber, se retiró; y yo, viéndome en mi última hora, hice señas á Escipion para que se acercara á mi cama.—Amado amigo mio, le dije con una voz casi apagada, tal era la debilidad que las medicinas y sangrías me habian causado, de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dejo uno, y te suplico llesves el otro á Asturias á mis padres, quienes si todavia viven, estarán necesitados. Pero, ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitude. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el talego de doblones, suplicándoles me perdonen mi mala correspondencia; y si se han muerto, te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra, tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba, pues, experimentar el trance de la muerte, y no obstante me engañé habiéndome desahuciado mis doctores, y dejado campo libre á la naturaleza, esta fué la que me sacó del peligro. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo, quiso desmentirlos, y me dejó: poco á poco me restablecí con la mayor felicidad, y un perfecto sosiego de espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entonces no necesité de consuelo, antes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte; y vuelto en mí mismo bendecia mi desgracia, y daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, é hice firme propósito de no volver mas á la corte, aun cuando el duque de Lerma quisiese llamarme á ella, con ánimo, si salia de la prision, de comprar una casa de campo, y vivir en ella como filósofo.

Escipion aprobó mi pensamiento, y me dijo que, para que tuviese efecto cuanto antes, pensaba volver á Madrid á solicitar mi soltura.—Me ha ocurrido una cosa, añadió; conozco á una persona que podrá servirnos, y es la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento: voy á que hable á su ama, y á poner todos los medios imaginables para sacar á vd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor trato, siempre es prision.—Dices bien, respondí; ve, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esa diligencia. ¡Pluguiese al cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro!





## CAPITULO IX.

Escipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas; á dónde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron.



**ALIÓ**, pues, Escipion para Madrid, y yo ínterin volvía me dediqué á la lectura. Tordesillas me suministraba mas libros de los que yo quería, los que le prestaba un comendador viejo que no sabia leer, pero que, queriendo hacer ostentacion de hombre sabio, tenia una gran librería. Sobre todo me agradaban las buenas obras morales, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjeaban mi aversion á la corte, y la aficion que habia cobrado á la soledad.

Tres semanas estuve sin oír hablar de mi agente, el cual volvió en fin, y me dijo muy contento:—Ahora sí, Señor de Santillana, que traigo á vd. buenas nuevas. La señora ama ha tomado cartas por vd. Su criada, á mis ruegos, y mediante cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al príncipe solicite vuestra soltura; y éste que, como otras veces he dicho á vd., nada le niega, ha prometido hablar al rey su padre á fin de conseguirla. He venido á toda prisa á decíroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fué largo su tercer viage. Al cabo de ocho dias estuvo de vuelta, y me dijo que el príncipe habia, aunque no sin trabajo, obtenido del rey mi libertad, lo cual en el mismo dia me confirmó el señor alcaide, quien vino á decirme abrazándome:—Mi amado Gil Blas, gracias al cielo vd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las dos condiciones con que se le concede á vd. esta libertad quizá le darán mucha pena, y siento verme en la obligacion de hacérselas saber. S. M. prohíbe á vd. se presente en la corte y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de gran mortificacion el que se le prohíba á vd. ir á la corte.—Pues yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso de ella: solo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas por todos los favores que me ha-

bia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del Señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones de á ocho. En el camino me dijo mi compañero:—Si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, á lo menos habrá para una mediana.—Yo me daría por feliz, le respondí; aun cuando no tuviese mas que una choza, en ella estaria contento con mi suerte. Aunque apenas he llegado á la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que solo quiero vivir para mí. Además de esto, te digo que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea, que me emblesca y hace que los goce con anticipacion. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores, y el murmullo de los arroyos; que unas veces creo divertirme en la caza, y otras en la pesca. Imagínate, amigo mio, los diferentes recreos que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En órden á nuestro sustento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan podrá satisfacernos cuando nos atormente el hambre; y el apetito con que lo comamos nos le hará parecer muy sabroso. El deleite no consiste en la bondad de los alimentos esquisitos, sino en nosotros, y esto es tanta verdad, como que mis comidas mas delicadas no son aquellas en que veo reinar el arte y la abundancia; la frugalidad es una fuente de delicias maravillosa para conservar la salud.

—Con el permiso de vd., Señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su opinion sobre la supuesta frugalidad con que vd. quiere obsequiarme. ¿Por qué nos hemos de mantener como unos Diógenes? Aun cuando comamos bien, no caeremos enfermos por eso. Créame vd.: ya que tenemos, gracias á Dios, con que vivir cómodamente en nuestro retiro, no le hagamos la mansion del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una hacienda, será preciso abastecerla de buenos vinos, y de todas las demas provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el trato humano para renunciar á las comodidades de la vida, sino mas bien para gozarlas con mas quietud. *Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añade, tener uno en su casa las cosas necesarias, que desear tenerlas.*

—¿Qué diablos es eso, Señor Escipion, interrumpí; vd. ha manejado los poetas griegos! ¡Hola! ¿En dónde leyó vd. á Hesiodo?—En casa de un sábio, respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volúmen, recopilando pasages hebreos, griegos y latinos que extractaba de los libros de su biblioteca, y traducia al castellano. Como yo era su amanuense, he retenido no sé cuantas sentencias, todas tan notables como la que acabo de de citar.—Siendo así, le repliqué, tienes la memoria bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿en qué reino de España te parece del caso que fijemos nuestra residencia filosófica?—Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontraremos sitios muy amenos, en donde podremos pasar una vida deleitosa.—Está bien, le dije, sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ¡ojalá descubramos una morada que me proporcione todos los placeres con que se recrea mi imaginacion!